

mullos se extinguen. Cunde lentamente, derramando su aliento silvestre, sano; se apodera del silencio, y, sigilosamente, como si le acariciara, lo puebla de sus voces de ensueño; ruido confuso de la resaca, suspiros de la arboleda, vaga canción de las hierbas habitadas por un mundo de insectos, lejanas estrofas de ruiseñor que vela el nido de sus amores á la luz de la luna, rumores de vida, lenguaje inarticulado y sugestivo que habla de ocultos goces y de esperanzas indeterminadas.

¡Cómo armonizan estas voces con los sentimientos de Garet! Agitado por una esperanza tímida y virginal, permanece solo en la calle, junto á la puerta de su amada, contemplando el clavel que ella le dió. Este clavel no es en sus manos una flor parecida á las otras; es una varita mágica, el cetro de la felicidad, un nido de ilusiones que levantan el vuelo como silfos invisibles, esparciendo una brisa halagüeña y murmurando con voz melodiosa que penetra en el corazón sin pasar por los oídos: «Eres amado».

LA SORBEDORA



ESTOY junto á la mar, sentado en una roca, con las piernas desnudas en el agua. Me respaldo en la roca; apoyóme con toda comodidad, é impregnándome de los frescores del vientecillo marino que desfallece por instantes, paseo la mirada por el cielo.

Se ha puesto el sol, aunque dejando rezagadas unas rachas luminosas que pugnan todavía para conservar su imperio en los aires, y se apoderan de las brumas y las nubes, derramándose por ellas, vertiendo hilillos de oro en las superficies turgentes, encendiendo llamas inseguras, y penetrándose con las esencias muelles para empaparlas de coloraciones

magníficas; pero no encuentran jamás estabilidad, y ora se extingue una llama, ora se escurre un hilillo... Todo se amortigua cada vez más; los vapores atmosféricos truecan sus matices purpúreos por otros de color lila, y estos se transforman en un gris violáceo. La luz, que deserta los espacios inferiores de las nubes, se encarama á sus eminencias, y en ella dilátase y fulgura todavía, procurando mantenerse allí, ensayando mil juegos maravillosos. Pláceme seguir con la mirada,—de una bruma á su vecina, de una á otra nube,—el agónico fulgor que se retira mal de su grado, con intenso pesar. Mis ojos no lo abandonan un punto... No siento perder así las horas. Estos instantes son los mejores de mi vida.

En tanto las playas vecinas quedaron desiertas. Los bañistas que tomaban el fresco, en grupos, en el arenal, regresaron al pueblo. No se distingue una barquilla ni un ser humano... La naturaleza exhala en la soledad un encanto solo comparable al de una declaración de amor que uno lee en los ojos de una virgen silenciosa. Creo escuchar:—Soy toda

para ti... ya nadie nos estorba.—No me saciaría jamás de este diálogo mudo. Del infinito descenden las melancólicas dulcedumbres que prodiga el sosegado anochecer. El viento cesa; el último soplo se amortigua en ténue respiración... luego desaparece; calma absoluta. El mar se inmoviliza, y su rumorcillo acompañado y hondo, en vez de turbar el silencio, le dá relieve, le comunica una suerte de majestad. Veo una estrella que luce sordamente, palpitando para encenderse. Es ya noche.

¿Me marchó? Para qué, si nadie me aguarda, y siento además blanda pereza de subir la cuesta? A las puertas de la vida puso Nuestro Señor un vigilante fiel y regañón: el dolor; y tiene el vigilante un sueño tan leve que cualquier peligro le despierta; y en cuanto se alarma, dando zarpazos á uno y otro lado hace que le oigan por toda la casa. Podemos estar seguros de que vela; cuando duerme, señal de que es hora de paz y de que llegó la sazón de gozar de la vida... Pues bien, ahora está durmiendo como el viento, como las ondas... No seré yo

quien le despierte voluntariamente. No, no quiero moverme de acá, mientras acá me huelgue, mientras no me impida alguna molestia la contemplación de la noche, de la vasta noche del mar.

Veo allá la luna que surge colorada, embozada en un harapo de neblina que sustrajo al horizonte, llevándolo para arriba. En verdad parece que contemple el mundo curiosa y avergonzada como la doncella que á él se presenta por primera vez. Mas el pudor es una flor de aurora en el cielo como en la tierra; acompaña á los seres novicios, y los aires del mundo la marchitan rápidamente. No tarda el astro en desembarazarse de los velos que lo ofuscan, y asciende con valentía, serenándose, aclarándose, vertiendo suntuoso por el agua sus albos esplendores celestiales.

¡La luna!... En todo tiempo los enamorados la contemplaron con efusión, en todos tiempos hablaron en prosa y verso de un secreto ligamen que existe entre ella y sus sentimientos. Esta idea pertenece á la categoría de las que ya no producen

efecto alguno en la imaginación; y, no obstante, ocasiones hay en que tales ideas aviejadas nos aparecen con harta novedad, con la intensidad y lozanía de una revelación directa de la naturaleza. Y esto me ocurre ahora. Sí; entre las cosas externas y los sentimientos dáse una afinidad inexplicable. Ahora mismo no soñaba yo ni remotamente de amores; mas la visión de la luna y la remembranza de tiernas escenas coincidieron en mí. ¡Y he sentido un deseo tan grande de amar y ser amado! Ah, yo quisiera gozar de un amor verdadero, no contrahecho por las convenciones sociales, tierno, generoso, infinito, exento de la prosa y las desilusiones del matrimonio, exento de la quemazón y los remordimientos de los amores ilícitos, un amor que no ha existido aun sobre la tierra, como no sea en algún sueño parecido al mío. Ni una concesión á las torpezas de la carne; fuera un amor como el que sienten los poetas por la belleza, pero más ferviente, más apasionado, un noviazgo eterno. ¡Mi corazón anhela tantos imposibles!... ¡Si uno pudiera

al menos gozar semejante idilio por algunas horas!... No es esto pedir gollerías. Pasear aquí, á la luz de la luna llevando del brazo á una muchacha linda, ideal... ¡Oh si me hallaren una mujer en quien se cumpliesen los trazos que imaginé!... ¿No parece que uno desperdicia las hermosuras de esta noche no compartiéndolas con una alma enamorada que, como la propia, armonice con ellas?

Ea, ea... divirtamos tan necias cavilaciones; gocemos del mar. El nos ofrece hoy la placidez de las vírgenes puras. ¡Y qué primor de atavíos! Ni las doncellitas de los cuentos de hadas llevaron jamás un faldellín más hechicero que el suyo, porque el suyo es el verdadero faldellín del color de la luna, que solo se obtiene por artes de encantamiento. El bordado es vivo y palpitante; se desliza, parpadea, brinca; propiamente, es una filigrana tejida y destejada sin cesar bajo una lluvia de luz plateada y fina. ¡Y esta luz fina y plateada filtrandose sin duda á través de la gran masa de agua, penetra hondo, muy hondo, esparciéndose debil-

mente por las entrañas del agua no divisadas nunca! Quien pudiere seguirla en su camino hacia la profundidad desconocida, y contemplar con ella los paisajes submarinos, sus roquedales bravíos, sus bosques seculares, sus praderas de flores insólitas, todo un mundo, tal vez, de seres que reputábamos fabulosos. ¿Quién sabe?... ¿Quién conoce las criaturas de aquellos abismos? Cuando fijo la vista en el espesor impenetrable de las aguas, no puedo evitar cierta desazón, un angustioso temblor, cual si presintiera que alguien me espía desde sus tinieblas. Mas aun este fenómeno es un atractivo para la imaginación. ¡Las bellezas del mar! Yo me penetro de ellas cada dia hasta la embriaguez, sin que me sacie nunca.

¡Noche serena! ¡brisa perezosa!...

Oigo una risa fresca, infantil; miro, y á la luz de la luna veo á una bañista que está nadando delante de mí, holgándose en el agua, y riendo sus propias travesuras. Parece bonita y muy niña. En la cabeza ostenta una jardinerilla elegantísima. Puesto que estoy en las som-

bras no me habrá visto, y entrégase con toda libertad á su inocente diversión. Nada, á las mil maravillas. Parte, regresa, juguetea siempre... Ahora se sumerge y desaparece; solo se ven sus piececillos que surgen de las olas como dos flores marinas, y se hundan en seguida. Pasa un largo rato, y al fin reaparece la linda cabecita aljofarada de brillantes que van rodando á chorros por las pequeñas alas de la jardinera, y se deslizan por los negros cabellos. La niña levanta el brazo, echa un puñado de arena, y grita alegremente:

—¡Llegué al fondo! ¿Viste, Fidela? No pude reprimir una exclamación.

—¿Quién habló por ahí?—dice la nadadora al instante.—¿Es un pescador? ¿Le estorbo?

—No tema alborotarme la calada, señorita; nada de eso. No soy un pescador; soy un ocioso que admira su destreza.

Yérguese con gallardía, encárase conmigo, y extendiendo la pequeña mano ante sus ojos como para preservarlos de la luz de la luna, me contempla, atentamente. Permanece

inmóvil. Su busto es de una belleza que no imaginara el ensueño.

—Tranquílicese—ledigo—suponga que nadie está presente y siga bañándose; si quiere mi desdicha que la enoje, me retiraré.

—¡No—exclama—no faltaba más!

Y se acerca, poquito á poco... Allá, en la sombra, miro su cuerpo, fosforeciendo entre dos aguas. Se acerca, apoya una manecita en mi pie y con la otra se ase á una mata muy espesa de algas, que crece en una hendedura.

—Mil perdones—me dice.—Le molesto.

—Me encanta—respondo galantemente. Puede apoyarse cuanto quiera y descansar.

—Gracias—responde—no necesito más. Así estoy mejor que en un lecho; floto espontáneamente y el agua es más blanda que las plumas y lanas más fofas. ¡Qué cosa tan rica bañarse una noche de verano como esta! Usted se habrá reído de mis volteretas, ¿verdad? No, no lo niegue; ¿qué tiene de particular?... Yo me río también. Me gusta hacerme la chiquilla... Soy muy así, muy dada á boberías.

Y ríe de lo lindo. Jamás he visto resplandecer dientes tan blancos entre unos labios tan frescos y encendidos... unos labios grosezuelos donde se adivinan los dulzores de la fruta madura, y que dan ganas de morderlos.

Luego de haber dado curso á su hilaridad, dobla familiarmente uno de sus brazos desnudos sobre mi rodilla, apoyándose en ella; y cerrando un poco los ojos me dirige una larga mirada rasando las sedosas pestañas. La emoción me invade. No acierto á explicar lo que me ocurre. Su mirada me deslumbra, me atrae, se lleva una parte de mi espíritu, algo que se dilata vibrando y sale al exterior para bañarse en fluidos deliciosos. Y casi desfallezco, y mi cabeza vacila.

—Usted dirá para sus adentros que yo soy demasiado original—me dice la dama con voz halagüeña y armoniosa.—Y efectivamente, lo soy, y me envanezco de serlo. Ni la brisa marina es más libre que yo, ya usted vé. No me sujeto á las costumbres sociales, no tengo preveniciones de ningún linaje, cumplo á todas horas mi voluntad augusta.

Si usted quisiera... pero ¡quién!... no todos son despreocupados como yo. ¿Sabe usted lo que iba á proponerle? Sencillamente, una calaverada... Nada, que me parece que usted sería un buen compañero para emparejar en la natación. ¡Es tan aburrida la soledad! Usted no me conoce, ni yo á usted... esta es una circunstancia espléndida que daría mayor encanto á la aventura. ¡Qué bonita atrocidad! ¡Es una idea magna cómo todas las mías!

Y vuelta á la risa, y vuelta á mirarme con picardía enloquecedora. Noto que tiene los colmillos finos y puntiagudos, pero le dan gracia.

—Sí, sí, esta noche vamos á ser camaradas!—añade con el tono de un chiquillo mimado.—¡Con qué delicias vamos á jugar salpicándonos de agua luminosa! Vagaremos de un banco de almejas á otro. Le acompañaré á una caverna donde hallaremos un rincón de fina arena, yacijas de deleites. Lleno está el paraje de lirios de playa que bajo el relente de la noche exhalan sus olores más suaves.—

A medida que habla se va recos-

tando más sobre mis rodillas, y me acaricia las manos con sus dedos luengos y rosados. La bienandanza me entorpece, el paisaje se borra, la bella damisela ocupa todo mi campo visual. Más, en esta sazón, vuelvo en mi acuerdo y veo allí, muy cerca, un pesado engendro, una vieja de ojos de pez que nada en la obscuridad arañando el agua con los dedos sarmientosos. Aquella visión me produce un grave estremecimiento... ¡Santo Dios!... Levántome al instante, me abrazo fuertemente á una roca, y riendo como la hermosa bañista, pero con risa que me dá escalofríos de horror:

—No estaba la trampa bien dispuesta—la dije.—Te conocí; eres la Sorbedora, te alimentas de los vértigos. Tu compañera, á quien llamas Fidela, para que supongan que hablas con una criatura bautizada, es la Muerte de Agua; vira tras de tí aunque ella procuraba esconderse. Erraste el tiro. No, no he de ser presa tuya. De tí me hablaron viejos marineros, y no les daba crédito. ¡Quién imagina que un ser tan bello albergue un corazón de fiera! ¡Ah,

cuánto aciertan al poner ramos de laurel bendito en sus barcas. Eres perversa, eres falaz como la mar traidora. Pero te conocí de sobra. Tu sombrero tejido fué con yerbas que no vieron jamás el sol. Los dos alfileres que te lo fijan en la cabeza, son dos cuernos de langosta *lobregante*. Me lo habían contado, y no sabía verlo, ni aun teniéndote ante los ojos. Si te hubiese dado un beso... ya no me despegaba de tus labios. Queríasme en el mar para beber mi sangre y entregar mi cuerpo exangüe á las corrientes privándolo de sepultura. ¡Maldita seas, maldita!... No curará fácilmente mi corazón del daño que me hiciste, pero he salvado el alma que debo á Dios. —

Y dichas estas palabras, extendo la señal de mi cruz desde la frente al pecho y de hombro á hombro.

Entonces la Sorbedora, que me estaba mirando de hito en hito, boquiabierta, durante mis palabras, cae, rebota en la roca de cabeza, con un estrépito que me hace estremecer. Y, todo me parece tinieblas; y huyo, huyo...

POSTDATA A LA VERSION



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
Año. 1875 MONTERREY, MEXICO

LA inspiración no depende de la voluntad. Ya he indicado que la creía gracia de Nuestro Señor, manifestación singular de su presencia. Esta es una convicción que he adquirido poco á poco y que arraiga en mi espíritu cada día más. Siempre la percepción de la belleza me ha inspirado un sentimiento religioso. Y he observado que á los demás les ocurría lo propio. ¿No reparásteis en la frecuencia con qué ateos elucubradores, al sentirse inspirados, al percibir la belleza de un ideal, piden prestadas sus imágenes á la religión, y usan lenguajes sacerdotales? ¿Será que en el instante en que la armonía les sojuzgaba, entrevieron algo divino,

y, pobres inconscientes, confiesan y adoran aunque les pese? Un testimonio permanente de la conciencia artística indica esta verdad. En todo tiempo los poetas, mayores y menores, hablaron de un aura poética, de algo exterior que viene á mover las facultades perceptivas. Los gentiles lo atribuyeron á las musas, á Apolo, á un Nùmen... Yo se que es algo inmaterial, algo que sugestiona. Llega, á veces, de noche, en la tiniebla, en la ocasión más imprevista, y uno se limita á sentir y á adorar. Surge otras veces del fondo del paisaje; se allega, habla al alma; es un yo viviente que da unidad y armonia á los seres más diversos. A través del velo de luz y colores de la naturaleza, divisáis la experiencia de una mística faz; ¡experimentáis un respeto, un amor tan sumos! Resuena en las profundidades del corazón la voz que dijo: «¡Descálzate, que es sagrada esta tierra!» Pero al mismo tiempo os atrae una dulce invitación, parecida á la de Jesús. «Dejad que los niños vengan á mí». Y uno es infante humilde, pequeñísimo... Y mira, y escucha... Cada detalle apa-

rece henchido de una augusta belleza memorable.

»Esta visión mística que obliga á doblar la rodilla y á adorar, fué dada á todos los hombres con mayor ó menor intensidad, con más ó menos pureza. Y yo creo que mejor que de la convergencia de las profecias, ó del esplendor de los milagros, nace la fe en Cristo de la videncia inmediata de identidad entre El y esta Divinidad que nos rodea y sugestiona. «El Padre dá testimonio de mí», decía el Enviado ¡Hondas palabras luminosas! Efectivamente el Padre ofrece dicho testimonio desde el comienzo de los siglos. Muchos quisieron considerar á Jesús como filósofo, como genio, en la humana significación de los vocablos, y dudaron que lo fuese. Digamos llanamente que no lo es. Jesús no argumenta, no demuestra como los sabios de la tierra; expone. El testimonio de verdad de sus palabras nos lo dá el Padre. Jesús es la articulación humana de un verbo eternamente vivo entre nosotros. Oigamos, no otra cosa se requiere. La fe es un asentimiento parecido al que dá el

alma al acorde entre dos notas. ¡Más ay del qué perdió el sentido de la armonía divina!»

Así habla Ruyra. Su teoría de la inspiración se demuestra con su propia obra. Con ser Ruyra un estilista portentoso, un mago de la palabra, lo que más destaca en su obra—á mi juicio imperecedera—es un sentido espiritual que ilumina con fulgores insólitos «las profundas cavernas del sentido» según imagen de San Juan de la Cruz. Sí, él ha debido de experimentar en repetidos momentos los más augustos temblores que ante la huella divina puedan arrobar ó sobrecoger á los vates; esos temblores á que él se refiere en su emocionado prólogo del *Pais del pler*, con acentos que unen la elegante reminiscencia platónica á la vibración de una fe sincera, nobilísima.

La segunda y más honda visión del universo, que ha sido concedida á Ruyra, le permite materializar en párrafos incomparables la vacilación y la angustia de los sueños, adivinar en toda su grandeza la suspensión de las leyes espirituales sobre nuestras efímeras cabezas, sentir la

delicada presencia de Jesús, que permanece entre nosotros esparciendo una luz inmaterial sobre las derrotas y despojos de la humanidad, revelar una oculta razón sobrenatural de los instintos más enigmáticos é inveterados.

No por eso creo que Ruyra sea, en el sentido estricto de las palabras, un apóstol ó un filósofo. Ruyra es esencialmente poeta; su metafísica es un admirable instrumento artístico. O en mejores términos: el ideal estético á que el autor de *JACOBÉ* rinde culto, es una belleza perfumada de infinito. El mismo Ruyra describe este ideal en un soneto formidable que intentamos traducir en estas líneas:

ESTETON

Nada dice á la carne su célica desnudez; en sus ojos de azur hay lejanías de infinito; tiene su cuerpo los albores y esplendores del día; revelan sus cabellos las tinieblas de la noche; y en su airoso volar que encanta el alma oyense todos los rumores de la naturaleza. Su figura divina se refleja, como en un

gran espejo, en el seno gigante del universo. Está en la tierra, en el mar, en el cielo... Fulgura doquiera, é infunde en todos los seres la alegría del Paraiso. Es el único angel que luego de caída nuestra estirpe no nos fué ocultado por la sombra de la muerte. Aun al dolor concede perfumes regalados que hacen cantar al desvalido con transporte de inspiración.

Pero la característica de Ruyra —ese sentido espiritual de que hablaba y que tal vez le asemeje á un Villiers de l'Isle Adam— hállase equilibrado por toda suerte de dotes complejísimas y venturosas influencias.

Ruyra tiene un don excepcional de simpatía; su amor le lleva como de la mano á sutiles perspicacias psicológicas; su voz llega al caldeado tono de una emoción penetrante. No incurre jamás en sentimentalismos trasnochados ó *industrialistas*, pero alcanza una efusión humana que no conocen los agradables egoístas á lo Horacio, ó a lo Goethe.

Un instinto dramático robusto mantiene vivo, agudo, el interés; con impecable habilidad constructiva lo-

gra aun la dramatización de la naturaleza, por medio de mitologías primorosas.

Ruyra es soberbio en su descripción colorida, vigorosa, originalísima siempre, que se convierte de vez en cuando insensiblemente en adorable ensoñación fantástica.

Ruyra posee con frecuencia la simplicidad definitiva de lo clásico, una intuición límpidísima dicha en palabras de una gracia helénica, algo así como un recuerdo de las eternas lozanas de Homero.

Finalmente, su lenguaje riquísimo, pintoresco,—donde los vocablos parecen recobrar toda su primitiva fuerza de evocación dentro de un estilo matizado y moderno, donde las sílabas tienen perfume y color, donde la frase cobra sonoridades de orquestación magnífica,—asigna á Ruyra un lugar privilegiadísimo entre los modernos creadores del idioma literario catalán.

Y hasta tal punto es cierta la maravilla del lenguaje de Ruyra que yo, aunque mi afirmación se repute paradójica, le juzgo intraducible. El que lea á Ruyra en un idioma que no

sea el original, no puede formarse una idea de la fuerza de evocación, de las nuevas armonías, de los venturosísimos decires del autor de JACOBÉ.

Sea como fuere, mi humilde intento, aun apareciendo defectuosísimo, premioso y opaco, tendrá sin duda alguna eficacia en pró del estudio y admiración de las obras de Ruyra; y yo me daría además por suficientemente recompensado con solo haber tenido ocasión de ofrecer un homenaje de entusiasmo al egregio artista catalán.

* * *

Vayan para terminar unas palabras de biografía.

Joaquín Ruyra y Oms nació en Gerona el 27 de septiembre de 1858. Estudió algunos años en el Seminario de Gerona. Vino luego á Barcelona á estudiar la carrera de Derecho; aprobó todas las asignaturas, pero desinteresándose de ella gradualmente, acabó por no licenciarse. Interesábase vivamente en su mocedad por la literatura castellana; y llevó á cabo un penosísimo y completo es-

tudio del idioma oficial, deseando fijar su residencia en Madrid y dedicarse á escribir para el teatro. Incluso terminó alguna obra que hoy conserva entre sus viejos papeles, casi olvidada; pero ya entonces empezaba á sospechar que acaso estaría mejor dotado para la narración y la novela. En plena madurez de su talento, se decidió á consagrarse á la literatura catalana. En 1895 se dió á conocer entre nuestros literatos con dos notables poesías, de inspiración originalísima y lenguaje á la vez espontáneo y exquisito. Publicó más tarde ensayos métricos de gran novedad, ductilizando hasta un grado asombroso el verso catalán. Aparecieron sus narraciones en periódicos ó en tomos de Juegos Florales; al fin, la mayor parte de ellas se reunió en un volumen (*Marines y Boscatges*). La empresa editorial *Ilustració Catalana*, editó el poema *El país del pler*. La revista *Catalunya* empezó la publicación de la novela *La Gent de Mas Aulet*, que el autor no se ha decidido aun á terminar. En Blanes, segunda patria suya, donde acaso haya transcurrido la mitad de su

existencia, estrenó Ruyra una farsa en dos actos, titulada *Amor a proba de bomba*. En la Biblioteca *L'Aveng*, Ruyra imprimió una traducción de cuentos de Erckmann y Chatrian, mejorándolos evidentemente, aun permaneciendo fiel al texto original. Algunas obras de Ruyra han sido traducidas al italiano y al finlandés, y parece que á no tardar contarán los alemanes con una versión de sus narraciones.

Además de la creación artística, ha ocupado Ruyra el esbozo de una Estética, de la cual ha dado un *avant-gout* en dos discursos, y el estudio de las matemáticas que no ha abandonado por largo espacio en ningún periodo de su vida.

J. CARNER